

y si el espíritu de la independencia lleva al Asia las huestes del caudillo macedonio para derribar al tirano, este noble y regenerador sentimiento enciende el entusiasmo de los guerreros de la Cruz, animándolos sin cesar á la venganza, y arrojándolos sin tregua sobre la decadente morisma. Con su altivez é independencia, con su espíritu aventurero, con su anhelo de reparacion y de venganza halaga pues Alejandro la idealidad poética del caballerismo español, recordando sus hazañas las inauditas proezas de Bernardo del Carpio, de Fernan Gonzalez y de Ruy Diaz, el Castellano. Asimilado en esta forma á los mismos héroes de Castilla el carácter del vencedor de Darío y de Poro, ¿qué mucho que la poesía erudita le revistiese de todos los sentimientos y creencias del siglo XIII, atribuyéndole las costumbres de nuestros mayores y haciéndole hablar su mismo lenguaje?... No de otra manera se explica el que Alejandro reciba la orden de caballería el día de San Antero y que vea bendecir las armas, con que se prepara á romper la tiranía de su patria: así se comprende también cómo en vez de invocar al Júpiter del gentilismo, levanta siempre su corazón y sus palabras al «Criador», y cómo respirando en todos los momentos de su vida la atmósfera de las creencias cristianas, se rebela contra el fatalismo griego, al saber del oráculo [ariol] que sería envenenado, deseando conocer el nombre del traidor, para burlar el fallo del Destino:

2328 . . . . . | si me quieres pagar,  
Demuéstrame so nombre | de quien me deue matar:

á lo que el adivino le replica:

2329 . . . . . | Si fueses sabidor,  
Farías descabezar | luego al traedor:  
El astro del fado | non aurie nul valor.

Así, finalmente, se alcanza cómo lega en su testamento mil talentos de oro

2478 Pora los sacerdotes | et pora los conventos,  
siguiendo la piadosa costumbre de los caballeros españoles del siglo XIII.

Estas circunstancias, que desfiguran ciertamente al personaje histórico, completan sin duda el carácter del Alejandro de Juan Lorenzo: á la portentosa fortaleza de ánimo del guerrero macedonio y á la intrepidez que desde su juventud despliega, se asocia la generosidad y perseverancia verdaderamente heroicas de los caudillos castellanos, resaltando así con mayor fuerza la magnanimidad del domador del Asia. Para él no hay obstáculos ni dificultades: lo mismo avasalla á los hombres que triunfa de la naturaleza. Cuando sus soldados dudan del éxito de los combates, su voz los arrastra á la lid para darles la victoria; cuando pugnan con la sed en medio del desierto, arroja el agua reservada para él, fortaleciéndolos con su ejemplo y sus palabras. Su noble figura debió por tanto ser grata á los ojos de los eruditos y de los caballeros del siglo XIII, no por los rasgos de verdad histórica que en ella se descubren, sino á pesar de esos mismos rasgos, amoldados en parte á las costumbres y á las creencias españolas; condicion que llega á comunicar no escaso interés á la misma figura de Darío.—El poderoso rey de los persas, que oprime el cuello de los griegos, interesa en efecto á pesar de su calidad de tirano; y no porque le abruma la desgracia con la pérdida y ruina de su temido imperio, sino por la resignacion que muestra en mitad de sus grandes desastres; resignacion que está revelando al príncipe cristiano, dotado de verdaderas creencias religiosas. Darío es en el poema castellano el monarca, á quien sujeta la Providencia á las más terribles pruebas en la vida: no el rey de la antigüedad, á quien predice el Destino la destruccion suya y de su imperio; y si no temiéramos que se nos tuviese por osados, añadiríamos aquí que descubrimos ya en la obra de Juan Lorenzo los primeros gérmenes del bellissimo tipo, trazado por Calderon en su *Príncipe Constante* <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Lástima es que dominado Juan Lorenzo de la grandeza de Alejandro, no fijara la vista en las figuras de Sisigámbis y Rasena: en el terreno en que coloca á los héroes de su poema, le hubiera sido fácil revestir aquellas princesas de cierto interés, que estaba en armonia con las costumbres. La esposa y la hija de un rey poderoso, reducidas á cautiverio, eran en el siglo XIII un espectáculo, que debia excitar ardientes simpatías en Castilla, donde á



Hé aquí pues cómo la poesía heróico-erudita, que aparece á nuestros ojos desde su cuna fluctuando entre el mundo antiguo y el mundo moderno, entre lo pasado y lo presente, vencida del superior impulso de la actualidad, se vé forzada á alimentarse, digámoslo así, de la misma sávia que habia nutrido los primeros monumentos escritos del arte castellano, y que nutria á la sazón los cantos populares. Sólo acatando esta suprema ley, podía legitimar su existencia, siendo no poco sensible que ese afán de erudición que la domina, ahogue con frecuencia entre las malezas escolásticas sus más preciadas flores. Esta convicción produce en nosotros el estudio del libro de *Alexandre*: aun encerrado en ese círculo, donde la espontaneidad de la inspiración era tenida en menos, es Juan Lorenzo un escritor, á quien no falta verdadera intención poética, y que dotado del sentimiento de la armonía, presta á los objetos por él pintados agradable colorido, sembrando al par sus descripciones de pensamientos elevados y no pocas veces profundos <sup>1</sup>. Justo es consignar que en estas dotes literarias excede á todos los poetas de su tiempo, bastando para justificar nuestra observación la simple lectura del poema, salpicado todo él de rasgos atrevidos y delicados, que deben ser tenidos como otras tantas bellezas. Mas para que no pueda dudarse de nuestra exactitud, citaremos particularmente, demás de los pasajes apuntados en la análisis, la descripción del carro de Darío <sup>2</sup>; el cam-

cada paso se corría el riesgo de ver cautivas las hijas y las mujeres de los magnates y de los caballeros. La clemencia de Alejandro hubiera contrastado grandemente con estas situaciones, apenas tocadas en el poema. De estas faltas, hijas de su inexperiencia, adolece el arte erudito del siglo XIII, mostrando en semejante olvido que todavía no se habia verificado en nuestro suelo la tan ponderada apoteosis caballerescas de la mujer.

<sup>1</sup> Sismonde de Sismondi ni aun le concede el sentimiento de la armonía, asegurando que «en su triste convento no experimentó, como Berceo, ninguna de las inspiraciones de la naturaleza» (*Litt. du Midi*, tomo III, cap. XXIV). Los pasajes y rasgos que nos proponemos citar, y otros muchos que pueden alegarse, responderán por nosotros respecto de este punto. En lo del *triste convento*, sólo diremos que Sismondi no leyó la introducción de Sanchez, y que sólo hojeó el poema; achaque de otros muchos escritores modernos.

<sup>2</sup> Coplas 810—817.

pamento del mismo, donde se hace su retrato <sup>1</sup>; la batalla de Isus, en que aparece Alejandro «más yrado quel rayo, más bravo quel leon» <sup>2</sup>; la pintura de la amazona Calcestrix, á que pone fin, manifestando que

La rosa del espino | non es tan genta flor;  
El rocío á la mannana | non parece meior <sup>3</sup>;

la del magnífico palacio del rey Poro <sup>4</sup>; la del Infierno, «cibdat mal complida», donde en siete distintas moradas sufren perdurable tormento las almas precitas <sup>5</sup>, y finalmente la de la maravillosa tienda de Alejandro, en la cual se ingiere la fresca y agradable descripción de los meses del año, ya algun tanto conocida de la generalidad de los lectores. Bien será que, pues no podemos trasladar aquí todos estos pasajes, no peregrinos á la verdadera poesía, pongamos algun ejemplo de los mismos, ó ya saquemos de ellos algunos breves rasgos. Al dar á conocer la situación que ocupaban, al avistarse la vez primera Darío y Alejandro, describe así un pequeño collado que los separaba:

- 889 Estaua en medio | un lorer anciano;  
Los ramos bien espessos, | el tronco mui sano:  
Cobrie toda la tierra | un uergel mui lozano;  
Siempre estaua uerde | inuierno et verano.
- 890 Manaua de siniestro | una fuente perenal,  
Nunquas mingüaua | ca era natural:  
Auíe só el rocío | fecho un regaial,  
Por hy facie su curso, | cuemo una canal.
- 892 Exfe de la fontana | una blanda frior,  
De la sombra del árbol | un temprado sabor:  
Daua el arbolorio | sobre buena olor;  
Semeiaua que era | huerto del Criador.
- 893 Que por buena solombra, | et que por la fontana  
Allí venien las aves | tener la meridiana:  
Allí facien los cantos | dulces á la mannana;

<sup>1</sup> Coplas 888—907.

<sup>2</sup> Copla 935, etc.

<sup>3</sup> Coplas 1710—1716.

<sup>4</sup> Copla 1937, etc.

<sup>5</sup> Copla 2170, etc.



- Mas non cabrie hy ave, | si non fues palaçiana.  
 894 El agua de la fuente | descende á unos prados;  
 Tiénelos siempre uerdes, | de flores colorados:  
 Avie hy grand abondo | de diuersos uenados,  
 De quantos en el mundo | podían ser asmados.

Narrando la batalla de Isus, presenta de este modo el choque de ambas huestes:

- 955 Ya se mouien las aces, | yuanse allegando,  
 Iban los balesteros | de las saetas tirando;  
 Iban los caualleros | las cabezas abaxando,  
 Iban los caualllos | las oreias aguzando.  
 956 Eran de tal guisa | mezcladas las feridas  
 Que eran de los golpes | las trompas enmoedidas;  
 Volauan por el ayre | las saetas texidas;  
 Al sol tollien la lumbre: | tan venien descosidas!...  
 957 De piedras et de dardos | iban grandes nubadas  
 Cuemo si fuesen enxambres | de abeias aiuntadas.

Ponderando la riqueza de los palacios del rey Poro, sustentados por cuatrocientas columnas de oro puro, dice que pendia de ellas una rica vid, la cual «lleuaba foias doro grandes, como la palma», y continúa:

- 1964 La uuas eran fechas | mui de grant femencia,  
 Piedras son preciosas | todas de grant potencia;  
 Toda la peor era | de grant magnificencia:  
 El que plantó la vinna | fú de grant sapiencia.  
 1965 Cuemo todas las uinnas | son de diuersas naturas,  
 Assi las piedras son | de diuersas figuras;  
 Las unas eran uerdes | et las otras maduras:  
 Nunca les facen mal | gielos, nen calenturas.  
 1966 Allí fallaría ome | las bonas cardeniellas,  
 Et las otras maores | que son más tempraniellas:  
 Las blancas alfonsinas | que tórnan amariellas,  
 Las alfonsinas negras | que son más cardeniellas, etc.

Viniendo á la pintura del infierno, anterior medio largo siglo á la terrífica del Dante, debemos ante todo observar que Juan Lorenzo escribe y habla como poeta cristiano, olvidando de todo punto las de Homero y Virgilio, que no debían serle peregrinas. Bosquejando en ella las islas, que preceden á esa «ciudad non

complida», la cual está rodeada de inmenso y frigidísimo arenal, exclama:

- 2177 Silvan por las riberas | muchas malas serpientes;  
 Estan dias et noches | aguzando sus dientes;  
 Assechan á las almas, | non tienen en ál mientes:  
 Por estas peligraron | los primeros parientes.  
 217 Quando veen venir | las almas peccadriçes  
 Fáceles encoruar | sen grado las cerviçes...  
 . . . . .  
 Nunca fartarse pueden: | están muertas de fame.

En aquella triste y dolorosa comarca

- 2180 . . . . . | Non naçen nunca flores,  
 Se non spinas duras | et cardos ponnidores;  
 Tovas, que façen fumos | et amargos sudores;  
 Peníscales agudos | que son mucho peiores.

Al pintar la *Ira*, á quien supone ciega, dice:

- 2194 Estaua á los pies | Herodes, su criado,  
 El que ouo con yra | los ynfantes matado:  
 Daual' grandes muessos | al seniestro costado  
 A don Lamec, el que ouo | á su yerno matado.

Mencionando los simoniacos, los castiga, afirmando que

- 2202 El plomo regalado | beuerán todos los dias:  
 Non creo que gusanos | los echen de las encías.

Á la *Lujuria* la presenta

- 2208 Sucia et escarnida, | más ardiente que cal.

De los que se entregan al vicio de la *inmundicia*, condenado por San Pablo, asegura que

- 2213 Estos tienen las lenguas de gusanos cargadas.

Y por último, mostrando lo terrible de los dolores infernales, declara que las almas de los condenados

- 2251 Ardiendo en las llamas, | tremen de grant friura,  
 laciendo ennas nieves, | muerren de calentura.

Negar pues á Juan Lorenzo las dotes que en él reconocemos,



más parece temeridad de quien no ha leído el poema de *Alexandre* que discrecion y rectitud de crítico. Como el autor del libro de *Apollonio*, es digno de alabanza por el impulso que comunica al arte vulgar, segundando en el terreno de la poesía heróico-erudita los esfuerzos de Berceo, al aceptar las formas artísticas por él ensayadas, y emplear el romance castellano <sup>1</sup> con preferencia á la lengua latina, que le era muy familiar, segun persuaden su grande erudicion y lectura. El metro y la rima de uno y otro monumento ofrecen los mismos caracteres, adoleciendo ambos poetas de ciertos descuidos en el uso de consonantes y asonantes, que no pocas veces colocan promiscuamente, como sucedió alguna al cantor de los santos <sup>2</sup>, manifestando así que no habian logrado todavia entero dominio sobre la lengua.

Iba esta sin embargo enriqueciéndose de dia en dia y cobrando nueva flexibilidad y soltura, al mismo tiempo que se fijaba y adquiria mayor consideracion y estima entre los eruditos de las diferentes comarcas que hablaban el romance castellano, bien que ostentando diversos cambiantes y caracteres. Gonzalo de Berceo, escribiendo en la Rioja el *lenguage de la clerezia*, mostró á pesar suyo que el comercio habitual con el reino de Navarra, donde era inevitable el influjo transpirenaico, por las razones históricas antes alegadas <sup>3</sup>, imprimia cierto sello al habla de la muchedumbre, se-

<sup>1</sup> Tanto el autor del libro de *Apollonio* como Juan Lorenzo mostraron que se inspiraban, así como Berceo, no en la tradicion oral, sino más principalmente en las obras escritas de tiempos anteriores. Así por egemplo, mientras el segundo citaba á Gualtero de Chatillon (coplas 1452—1935), decia el primero:

372 Su nombre fué Teofilo | si lo saber queredes;  
Catatlo en la estoria, | si á mí non me creyedes.

Pero si en esta parte se sujetaba la poesía heróico-erudita á las condiciones de existencia de la erudito-religiosa, no podia menos de someterse á la misma ley que aquella al adoptar, para ser entendida, el lenguaje de la muchedumbre; rasgo característico que procuraremos reconocer, al terminar el estudio de los monumentos producidos en esta primera trasformacion del arte.

<sup>2</sup> Para no caer en el error que sobre este punto presenta como una teoria aceptable el docto anglo-americano Ticknor, véase la *Ilustracion* III.<sup>a</sup> de la I.<sup>a</sup> Parte.

<sup>3</sup> Véase la *Ilustracion* II.<sup>a</sup> del anterior volumen y sus *Añadidos*.

llo que no pudo borrar de sus propias obras: el autor del libro de *Apollonio*, que no sin fundamento podria ser tenido por aragonés, conforme al crecido número de voces catalanas que recibe, lo cual indujo á uno de nuestros más apreciables bibliólogos á suponer escrita dicha obra en lemosin <sup>1</sup>, daba á conocer que si en aquella parte de la Península experimentaba el habla romance cierta modificacion, no desatendible para la consideracion de la crítica, habia conquistado el aprecio de los doctos hasta ser empleado para trasferir á la literatura vulgar las más estimadas jo-

<sup>1</sup> El erudito Perez Bayer, anotador de don Nicolás Antonio, decia: «Anonymus hispanus lemosinus, qui *Apollonii* regis historiam versibus pentecasyllabis, et alia metrica scripsit» (*Bibl. Vetus*, tomo II, pág. 106). Sobre las muchas voces catalanas que en el libro de *Apollonio* encontramos, voces comunes á los documentos castellanos escritos en Aragon (Véase la *Ilustracion* II.<sup>a</sup> de la I.<sup>a</sup> Parte), debemos advertir que hallamos en dicho poema ciertas circunstancias que nos confirman en el expresado juicio. Así como Berceo y Juan Lorenzo de Astorga dicen, para ponderar el valor de cualquier objeto precioso, que no habia *oro en Castiella para comprarlo*, ó que *valia más que Castiella*, advertimos que el autor del libro de *Apollonio* acude al vecino reino de Francia, para expresar la misma hipérbole, exclamando:

548 Aun si ganasse el imperio de Francia,  
Non serie mas alegre, etc.  
553 Si tú esto ficieres, | ganaras tal ganancia  
Que más la preciarás | que el regno de Francia.

Así pues, no mencionándose una vez sola á Castilla y sí al reino de Francia, lindante con el de Aragon, nos parece muy verosímil que este monumento pudo ser escrito en aquella comarca, con la cual tenian navarros y aragoneses continuo comercio. Y no se crea que este hecho es peregrino entre los poetas de la edad media: los juglares de la Provenza, así como los troveras franceses, citan á cada paso los reinos de España en el mismo concepto; y toda region ó ciudad fantástica, toda riqueza extraña, todo caballo, traje, arma, etc., que exceda de lo ordinario, es asemejado á lo que existe, cuando no llevado de la Península, lo cual sucede una y otra vez en la *Alexandriade* de Li Cors y Bernay. Críticos, más aventurados, sacarian de esta observacion osadas consecuencias: para nosotros sólo prueba, así en los poetas españoles como en los franceses, que llegado el momento de comunicacion entre ambos pueblos, no les es posible desasirse de la mútua y natural influencia que exige el desarrollo de su respectiva cultura; pero no anulando su nacionalidad, como sin razon se ha llegado á suponer, segun saben ya los lectores.



yas de la latino-eclesiástica: Juan Lorenzo, nacido en Astorga y casi fronterizo de los antiguos reinos de Astúrias y Galicia, enseña por último que no dejaban de refluir sobre Leon y Castilla los despojos del dialecto *bable* y del *gallego*, destinado el primero á reflejar en sencillos cantares la vida interior de las montañas, cediendo por último el puesto al habla de Castilla <sup>1</sup>, y llamado el segundo á traer muy en breve, así como el catalan, mayores riquezas al centro mismo del imperio castellano.

Estos matices claros, palpables para todo el que estudie los monumentos en que se revelan, sobre infundir cierta fisonomía á la lengua hablada en cada una de las comarcas referidas, son de no escasa importancia en la historia de la misma lengua, y por tanto en la de las letras y de la civilización españolas, más armónica y uniforme de lo que hasta ahora se ha sospechado. Digno es por último de advertirse que aun tenidas en cuenta estas notabilísimas circunstancias, luego que se desciende á la comparación filológica de unos y otros monumentos, se descubre cierto progreso relativo, que confirmando la cronología por nosotros establecida, indica ya que los poetas eruditos se iban poco á poco alejando del terreno á que Berceo había conducido el habla castellana, convenciéndonos al par de que eran mútua ó sucesivamente conocidos los esfuerzos que en tan apartadas comarcas se hacían para llevar el arte erudito á su mayor altura <sup>2</sup>. Mas todas

<sup>1</sup> Adelante tendremos ocasión de dar á conocer algunos de estos singulares cantos, reproduciendo el estudio que al visitar las montañas asturianas hicimos, respecto de tan peregrino fenómeno, y que en carta publicada por la Revista de Berlin (*Jahrbuch für Romanische und englische Literatur*) y reproducida por la *Revista Ibérica* y otros diarios españoles, dirigimos á nuestro docto amigo, don Fernando José Wolf.

<sup>2</sup> Muchas locuciones, frases, giros, hemistiquios y aun versos podríamos citar para comprobación de este aserto. Á fin de no ser tildados de prolijos, nos contentaremos con el siguiente ejemplo, que no sólo señala el camino que llevaba la tradición artística, sino el progreso de la lengua. Berceo, en la *Vida de Santo Domingo*, cop. 232, dice:

Non dizien el adobo loquiele nec sermones.

El autor del libro de *Apollonio*, en la 358:

Que non podrán cantarlas loquelas, nin sermones.

estas observaciones adquirirán sin duda nuevo peso, cuando hecho el estudio de los demás poemas, escritos por aquellos tiempos y bajo la misma pauta, podamos apreciar en todas sus fases el desarrollo de la poesía heróico-erudita.

Asunto será este del siguiente capítulo <sup>1</sup>.

Juan Lorenzo escribe, copla 1376:

Non lo sabrien deir paraulas nen sermones.

Las modificaciones sucesivas determinan pues el conocimiento de las obras anteriormente escritas y el desarrollo parcial del romance castellano en cada una de las comarcas, en que se hablaba.

<sup>1</sup> Cerraremos el presente, tributando al señor marqués de Pidal el debido aplauso por la publicación del libro de *Apollonio*, y recordando al par con literaria gratitud el nombre de Sanchez, que dió á la estampa el de *Alexandre*. La imparcialidad, que en todos nuestros trabajos guardamos, nos mueve sin embargo á insinuar que en caso de hacerse nuevas ediciones, sería muy conveniente consultar los códices originales. El de *Apollonio* se guarda en la Biblioteca Escorialense, III. K. 4.<sup>o</sup>, y es un volumen 4.<sup>o</sup> mayor, escrito en grueso papel ceptí, letra del siglo XIII, como el facsímil de la *Vida de Santa Maria Egipcíaca*: consta de ochenta fojas útiles. El de *Alexandre*, que se conserva en la selecta librería del duque de Osuna, donde existen la mayor parte de los Mss. que fueron del Marqués de Santillana, es también un tomo 4.<sup>o</sup> prolongado, de letra de fines del siglo XIII ó principios del XIV, según demuestra el facsímil que damos de él, y está escrito en vitela, constando de 153 fojas útiles. Á pesar del esmero de Sanchez, mostrará el calco del original que no fué tanta su escrupulosidad como en la pág. XII del prólogo de su edición declara; y en cuanto al libro de *Apollonio* probará el exámen comparativo que la copia de que dispuso el señor Pidal, estaba muy lejos de ser exacta. Para que no se nos crea por nuestra palabra, citaremos algunas lecciones visiblemente pervertidas: tales son: *cazones* por *criazones*; *vafez* por *rafez*; *mano afiblando* por *manto afiblando*; *yviero* por *yuierno*; *terrer* por *tener*; *capter* por *captener*; *avió* por *auino*; *non vi á tal* por *non vió atal*; *roto* por *rota* [instrumento músico]; *vymen* por *vinien*; *reyer* por *seyer*; *nascida* por *nada*; *ropa ofrescida* por *ropa ofresada*; *companya rascada* por *companya rancada*; *pena va é grisa* por *pena vera et grisa*; *el astro so* por *el astroso*; *asino* por *asmó*; *consejo* por *conceio*; *fablar* por *fallar*; *manya* por *manjera*, y otras muchas que omitimos.